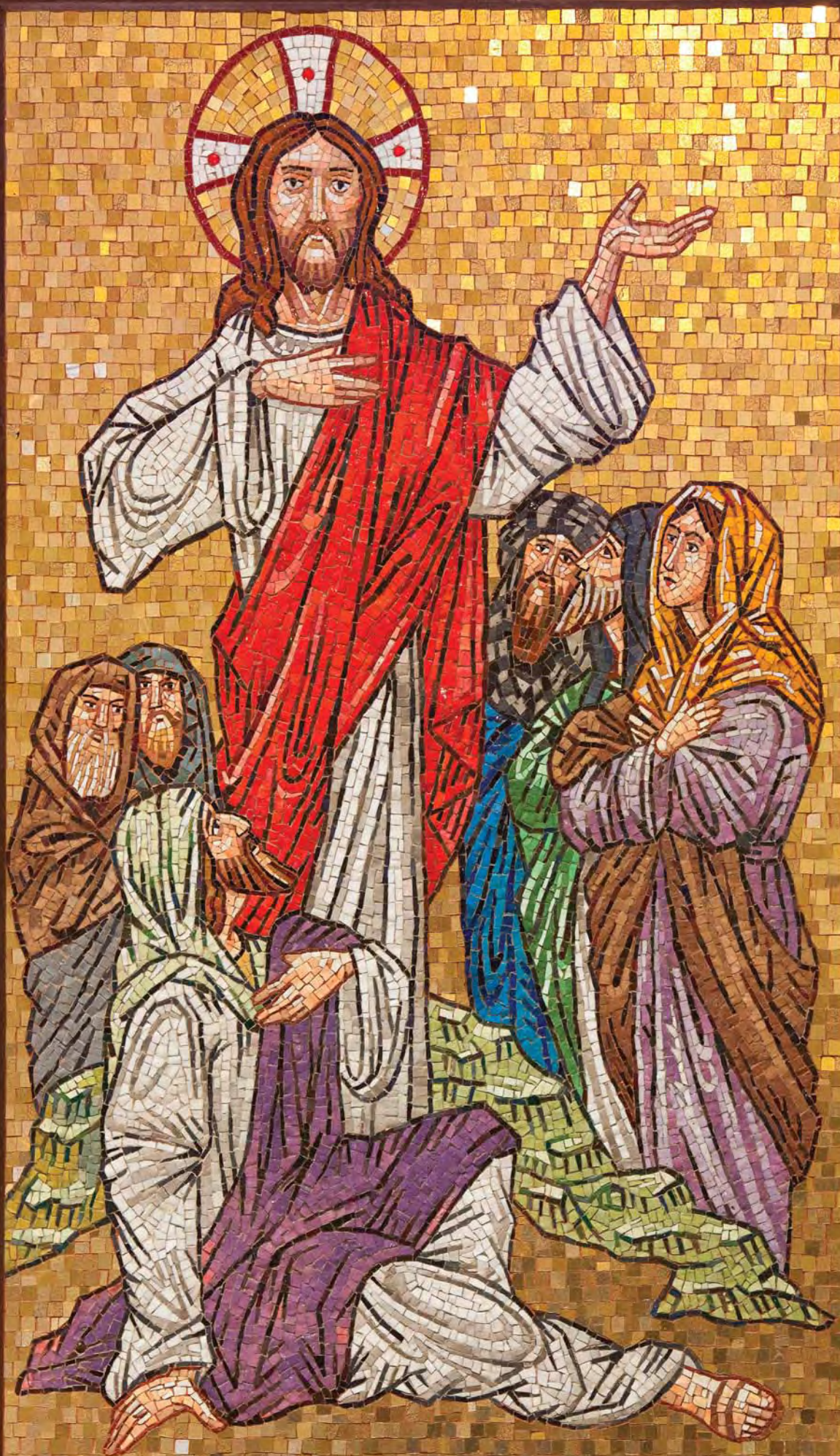




Discípulos del Señor, compartiendo la visión

Carta Pastoral sobre la Nueva Evangelización

Al clero, religiosos
y laicos de la
Arquidiócesis de
Washington
por
Mons.
Donald W. Wuerl,
Arzobispo de
Washington



La Nueva Ex



vangelización



Gracia y paz en Cristo Jesús, Señor Nuestro.

INTRODUCCIÓN

Cristo es el camino. Jesús, cuando habitó por primera vez entre nosotros, nos ofreció una forma de vivir totalmente nueva. A medida que el Hijo de Dios, que es uno entre nosotros, anunciaba la venida del Reino, el entusiasmo se iba extendiendo. Él, a quienes le escuchaban, les extendía una invitación a ser sus discípulos y a ocupar un sitio en su Reino; esa misma invitación nos la sigue haciendo a usted y a mí en el día de hoy; para muchos, sin embargo, esta invitación parece haber perdido su atractivo.

“Es como haberlo escuchado todo de nuevo, como la primera vez”, decía este joven algo sorprendido. Yo me había reunido con él y con su esposa en preparación al Bautismo de su bebé. Al igual que su esposa, él había sido criado como católico. Él dijo haber asistido a algún tipo de educación religiosa en su parroquia cuando era joven pero también admitió que lo que le habían enseñado no había significado mucho para él.

Esta conversación me había recordado otra que tuve, no hace mucho, con un joven adulto durante un vuelo. El hombre sentado a mi lado me contó que viajaba para asistir a la Primera Comunión de su sobrina, pero me aclaró que era algo que no le llamaba mucho la atención. “Voy”, dijo, “porque es la hija más pequeña de mi hermano y porque mi madre me dijo que de veras contaban conmigo.” Este señor, así como el papá que se preparaba para el Bautismo de su bebé, también había recibido alguna educación católica durante su primaria pero dijo no saber mucho de la fe católica. Así como un bautismo llegó a interesar a este papá para saber más sobre lo que significa este sacramento, la proximidad de una Primera Comunión hizo que mi compañero de vuelo también se interesara, así que pasamos el tiempo hablando sobre lo que la Iglesia cree y la realidad espiritual que transpira en el sacramento.

Al final el hombre que iba a la Primera Comunión me dijo: “Padre, gracias, por explicarme, eso de la Comunión es “cool”. Luego de una pausa, dijo, como pidiendo excusa: “Quiero decir 'grandioso.'”

Todos conocemos a alguien como la joven pareja o como el hombre del avión. A pesar de los genuinos y, a veces heroicos esfuerzos, que hacen los padres y los maestros de Educación Religiosa en nuestras escuelas y programas parroquiales, todos tenemos que admitir que, a veces, en la primera ronda, el mensaje no ha sido escuchado.



Hoy, sin embargo, existen muchas oportunidades para que, como el padre del bebé por bautizar, las personas escuchen de nuevo el mensaje, como por primera vez: quien es Jesús, lo que Él hizo por nosotros y cómo en su Iglesia, y a través de sus sacramentos, está presente para nosotros hoy. Llamamos Nueva Evangelización al recuento de una historia, esta vez despertando el sentido de un encuentro con Jesús.

El Papa Benedicto XVI usó la palabra “reproponer” para describir la Nueva Evangelización.¹ De algún modo en lo que hacemos y en la manera en que expresamos nuestra fe debemos ser capaces de proponer de nuevo nuestra fe en Cristo y su Evangelio para que sea escuchado entre aquellos que están convencidos de que conocen la fe pero que esa fe no tiene relevancia para ellos. Tenemos que invitarlos a escuchar todo otra vez, esta vez como de nuevo.

El Reino por venir

En el Sermón del Monte, presentado en el Evangelio de Mateo, escuchamos que existe un modo nuevo de vivir y que este modo involucra a los misericordiosos, a aquellos que tienen hambre y sed de justicia, a los afligidos, a los que luchan por la paz y a los pobres de espíritu. Aquí aprendemos la llamada a ser sal de la tierra y luz a la vista de todos. Más adelante, en ese mismo Evangelio escuchamos ese *dictum* extraordinario de que debemos ver cada uno en el otro la verdadera presencia de Cristo. Los discípulos de Jesús son retados a imaginar un mundo donde no sólo los hambrientos y los sedientos son saciados, los extranjeros bienvenidos y los desnudos vestidos, sino donde también y sorprendentemente los pecados son perdonados y la vida eterna les es prometida.

Esa misma visión se nos ofrece hoy cuando abrimos las páginas del Evangelio y leemos sobre la invitación que se nos hace a usted y a mí para ser ramas de la viña del Señor, para comer el pan de vida eterna, para escuchar la verdad con palabras que perduran para siempre.



Esta nueva forma de ver la vida y de vivirla tocó el corazón de quienes llegaron a ser los discípulos del Señor. Ustedes y yo hemos escuchado ese Evangelio, nos ha alegrado el tener esa visión, hemos llegado a encontrar, en la intimidad de nuestros corazones, al Señor Jesús. El entusiasmo que era parte de la Iglesia primitiva cuando Jesús formó a sus seguidores como su nuevo cuerpo permanece con nosotros hoy.

Cristo permanece con nosotros en su Iglesia — su nuevo cuerpo — vivo, en el don del Espíritu Santo. La Iglesia en la cual ustedes y yo hemos sido bautizados y la que hemos llegado a amar, nos capacita para seguir en sintonía con el mensaje evangélico, con las enseñanzas de los Apóstoles y, por lo tanto, con Cristo.

Sin embargo, para aquellos que alguna vez escucharon esta maravillosa proclamación el mensaje se ha puesto rancio. La visión se ha desteñido. Las promesas parecen ser vacías e irrelevantes para sus vidas.

Todos nosotros, ya seamos clero, religiosos, mujeres u hombres laicos de todos los caminos de la vida, hemos conocido a alguien que, en mayor o menor grado, se ha apartado de la práctica de la fe. Por medio de esta carta, quisiera que reflexionásemos juntos sobre cómo convertir en llama los rescoldos del mensaje evangélico y del amor de Cristo en nuestro propio corazón, de manera que, no sólo crezcamos en la fe sino que invitemos a otros a escuchar de nuevo, otra vez, la invitación que nos hace Jesús — “Ven, sígueme”.



Jesús nos hace señas para que le sigamos. El gozo que experimentamos hace que lo compartamos con otros. No sólo somos discípulos, somos evangelizadores. Como aquellos primeros discípulos estamos llamados a caminar al lado de Jesús como el sembrador de las semillas de una nueva manera de vivir, de una participación en un Reino que perdura para siempre (cf. Mt 13,1-9, 18-23; Mc 4,3; Lc 8,5).

La llamada del Señor, original y viva, nos promete que “la cosecha es abundante.”² Si la cosecha es abundante ¿cuánto más serán las semillas que produzca? El Señor Jesús usó frecuentemente la imagen de la semilla para describir la presencia escondida de su Palabra entre nosotros.³ Mis hermanos y hermanas, estamos llamados a regar, a nutrir y a cultivar las semillas ya plantadas o a plantar las semillas cuando reconocamos la oportunidad. Ya sea que el terreno sea rocoso, lleno de espinas o pisoteado nosotros podemos hacer la diferencia. Nuestro esfuerzo es parte de lo que llamamos hoy la Nueva Evangelización. Nosotros podemos hacer que nuestros vecinos, compañeros de trabajo y aún, en algunos casos, miembros de nuestra propia familia, escuchen otra vez, como por vez primera, la buena noticia.

En los años transcurridos desde el Concilio Ecuménico Vaticano Segundo (1962-1965), el Espíritu Santo ha seguido dando a conocer, con más y más claridad, la llamada al discipulado. Al escuchar la voz del Espíritu Santo, expresada en la enseñanza auténtica de la Iglesia, discernimos claramente la llamada a evangelizar que nos viene de la misma naturaleza y esencia de la Iglesia y que constituye su misión primordial. Hoy, escuchamos esta llamada dirigida a un propósito específico y en una nueva dirección. Primero que todo debemos despertar y motivar de modo más profundo nuestro propio compromiso de fe. Luego, debemos invitar a nuestros hermanos y hermanas que han escuchado ya y que han respondido inicialmente al Evangelio de Jesucristo, a una experiencia de fe más profunda. En medio de su primera respuesta es posible que ellos se hayan enfriado o distanciado y se hayan empezado a desentender de la llamada de

Jesús que recibieron en el Bautismo y que también hayan descuidado la práctica de la fe. Fortalecidos por los mandatos de Jesús y por el amor a nuestro prójimo estamos llamados a llegar, en caridad y en verdad, hasta donde se encuentren nuestros hermanos y hermanas que se han apartado de la práctica de su fe para que la Iglesia pueda así dar fruto abundante para cada persona, para cada parroquia y para nuestra sociedad.

Para ayudarnos en nuestra reflexión sobre quiénes somos y a lo que hemos sido llamados a hacer, el capítulo uno comienza con unas observaciones sobre la misión evangelizadora de la Iglesia. El capítulo dos explora la idea de la Nueva Evangelización y de cómo podemos entenderla en cuanto a ser una invitación a proponer de nuevo a la gente el Evangelio de Cristo y un encuentro con Él. El capítulo tres invita a una consideración de lo que la Nueva Evangelización de hecho significará para nosotros aquí, en la Iglesia de Washington al tratar de traducir nuestro discipulado en actividad eficaz. Finalmente, en el capítulo cuatro, les pido que reflexionemos juntos en cuanto a nuestra participación en esta Nueva Evangelización y en lo que significa para nuestra renovación espiritual, la vitalidad de nuestra familia parroquial y la regeneración de nuestra sociedad.

Jesús nos hace señas
para que le sigamos.
El gozo que
experimentamos hace
que lo compartamos
con otros.



Evangelización: desde la naturaleza misma de la Iglesia



“Ustedes serán mis testigos”.

—(Hch 1,8)—

“Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos y enseñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes”.

—(Mt 28,19-20)—



El sentirnos acogidos en el amor de Jesús y la alegría de su Evangelio de vida nueva deben ser experiencias degustadas, celebradas y compartidas.

Todo cuanto la Iglesia es lo ha recibido de Cristo. El primer regalo y el más precioso es la gracia otorgada a través del Misterio Pascual: su pasión, muerte y su gloriosa Resurrección. Jesús nos ha liberado del poder del pecado y nos ha salvado de la muerte. La Iglesia recibe de su Señor no sólo la inmensa gracia que Él nos ha ganado sino el mandato de compartir y dar a conocer su victoria. Estamos obligados a transmitir fielmente el Evangelio de Jesucristo al mundo. La principal misión de la Iglesia es la evangelización.

La palabra “evangelización” procede de la palabra griega para “Evangelio” εὐαγγέλιον o *evangelium*. El Evangelio es el anuncio del “buen mensaje” o la “buena noticia” de que Jesús es el Hijo de Dios y nuestro Salvador.

Jesús mismo establece la evangelización como perteneciente a la misma naturaleza y esencia de la Iglesia cuando le encomienda a sus discípulos que evangelicen, es decir, que anuncien esta Buena Noticia a “todas las naciones,”⁴ y a que lleven el Evangelio al “mundo entero” y que “proclamen el evangelio a toda criatura.”⁵

La Iglesia nunca se cansa de anunciar el don que ha recibido del Señor. El Concilio Ecuménico Vaticano Segundo nos recuerda que la evangelización se encuentra en el corazón mismo de la Iglesia. En *Lumen Gentium*, que es el texto fundamental y el núcleo de la expresión del Concilio sobre la vida de la Iglesia, los Padres Conciliares hacen énfasis en que “Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los Apóstoles con orden de realizarlo hasta los confines de la tierra.”⁶ El Concilio se expresó elocuentemente sobre la verdad que nos dice que la misión divina que Jesús



confió a la Iglesia continúa a través de los Apóstoles y sus sucesores y continuará hasta el fin del mundo.⁷

El deber de proclamar la verdad salvífica no es sólo responsabilidad del clero y los religiosos sino que, como destacó el Concilio, es el papel importante que desempeña “cada discípulo de Cristo” en la misión de “diseminar la fe.”⁸ Los Padres Conciliares hicieron hincapié en la participación decisiva y vital de cada católico, especialmente a través de la dedicación apasionada y los dones de los fieles laicos a la misión evangelizadora: “Así los laicos quedan constituidos como poderosos pregoneros...cuando, sin vacilación, unen a la vida según la fe, la profesión de esa fe. Tal

evangelización, es decir, el anuncio de Cristo pregonado por el testimonio de la vida y por la palabra, adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo.”⁹

El Papa Pablo VI en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, se basó en la enseñanza del Concilio cuando dijo que la Iglesia es “una comunidad que es a la vez evangelizadora. La orden dada a los Doce: ‘Id y proclamad la Buena Nueva,’ vale también, aunque de manera diversa para todos los cristianos. ...la Buena Nueva del reino que llega y que ya ha comenzado, es para todos los hombres de todos los tiempos. Aquellos que ya la han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación, pueden y deben comunicarla y difundirla.”¹⁰ En este documento histórico, promulgado exactamente al cumplirse los diez años la clausura del Concilio Vaticano Segundo, el Papa Pablo VI discernió sobre la necesidad de “un nuevo tiempo de evangelización.”¹¹

El Venerable Siervo de Dios Papa Juan Pablo II, al recordarnos que la evangelización “constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad,”¹² retomó el compromiso ya

**Id y proclamad
la Buena Nueva...
pueden y deben
comunicarla y
difundirla.**



iniciado por el Papa Pablo VI con una evangelización “nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión.”¹³

El Papa Benedicto XVI ha afirmado que el discernimiento de “nuevas exigencias de la evangelización” es una tarea “profética” del Sumo Pontífice.¹⁴ Él da gran importancia al hecho de que “toda la actividad de la Iglesia es una expresión de amor” que busca evangelizar el mundo.¹⁵

El plan y la estrategia para la Evangelización Católica de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos *Vayan y hagan discípulos*, contempla tres metas:

- Crear en todos los católicos tal entusiasmo por su fe que, viviendo su fe en Jesús, la compartan libremente con otros.
- Invitar a todas las personas en los Estados Unidos, sea cual fuere su condi-

ción social o cultural, a escuchar el mensaje de salvación en Jesucristo a fin de que se unan a nosotros en la plenitud de la fe católica.

- Fomentar los valores del Evangelio en nuestra sociedad, promoviendo la dignidad de la persona humana, la importancia de la familia y el bien común de nuestra sociedad para que nuestra nación continúe siendo transformada por el poder salvífico de Jesucristo.

La Iglesia local en la Arquidiócesis de Washington, tal y como la Iglesia hace en cada época, discierne las oportunidades y los obstáculos que se presentan en la arena mundial. La Iglesia busca aún en medio de rocas, maleza y terreno duro, proveer la libertad de un terreno fértil, la bondad del agua refrescante y la verdad de la luz que calienta y logra que la semilla alcance la belleza del fruto pastoral.



La Nueva Evangelización: Proponer de nuevo el Evangelio de Cristo



*“Para ser verdadero discípulo del Señor,
el creyente ha de ser testigo de la propia fe, pues el testigo no da sólo
testimonio con las palabras, sino con su vida”.*

— Papa Juan Pablo II, *Ecclesia in America* (26)—

“**A**yer como hoy Jesucristo es el mismo y lo será siempre” (Heb 13,8) y, como tal, Él lo hace “todo nuevo” (Ap 21,5). En el corazón mismo del Misterio Pascual se encuentra el hecho de que “de Cristo es el tiempo.”¹⁶ Este tiempo incluye los varios momentos que ocurren en la evangelización. El primero es la misión *ad gentes*, quiere decir, el anuncio del Evangelio a quienes nunca han escuchado hablar sobre Jesucristo. Otro momento en la evangelización es la Nueva Evangelización, que comienza con la renovación de nuestra propia fe y luego con el esfuerzo pastoral de llegar hasta aquellos que han escuchado hablar de Cristo y empezado a practicar la fe pero por una u otra razón la han discontinuado.¹⁷

La primera evangelización de Europa y de América tomó varios siglos. Los miembros

de las comunidades religiosas y del clero local viajaron largas distancias y cubrieron inmensos territorios llevando Palabra y Sacramento a los primeros pobladores que devotamente vivían la fe de sus padres en la nueva tierra.

A medida que el desarrollo continuaba se establecieron más y más diócesis. Las parroquias locales mantuvieron patrones regulares en el culto, las devociones, la comunidad y la instrucción. La parroquia católica llegó a ser el centro de la vida social de los católicos de la vecindad y fue un medio directo para la transmisión de la fe. En una sociedad en la cual frecuentemente se miraba con sospecha y prejuicio a los católicos, la parroquia estaba en sintonía con la labor misionera hacia los inmigrantes.

El sistema católico de educación basado en



Sólo cuando la fe
impregna cada
aspecto de la vida,
los cristianos
se abren
verdaderamente
a la fuerza
transformadora
del Evangelio.

la presencia de la escuela católica llegó a ser una red extensa y formidable al servicio de la evangelización y la catequesis. Los religiosos y religiosas que con dedicación atendían las escuelas como hermanas, hermanos o sacerdotes eran más numerosos que hoy. Los estándares y recursos sociales afirmaban y apoyaban el matrimonio y la familia para que así se contara con una vida de hogar estable y predecible. El ritmo de vida permitía una formación gradual que es de vital importancia para el desarrollo de la fe y el sostenimiento de la identidad católica.

Sin embargo, los tiempos cambian. La cultura contemporánea ha llegado al punto de rechazar aquello que no es inmediatamente accesible. Nuestra sociedad prefiere escuchar en pequeños lapsos, no en semestres. Los lemas superficiales substituyen a las reflexiones profundas. Los avances de la globalización, ocurridos en corto tiempo, han impactado significativamente la vida cotidiana. La Iglesia ha experimentado una baja considerable en el número de sacerdotes y religiosos. El sentido del vecindario y las relaciones del entorno local parece haber perdido importancia para una sociedad altamente móvil.

Generaciones completas se han divorciado de los sistemas de apoyo que facilitaban la transmisión de la fe. Además, trágicamente los pecados de unos pocos han fomentado desconfianza en la estructura de la Iglesia misma.

Dos generaciones de secularización nos han traído a este momento donde algunos no saben ni siquiera las oraciones básicas, ni entienden las devociones católicas más sencillas, incluyendo las devociones marianas; muchos tampoco tienen idea de lo que son las vidas de los santos. Aún otros no tienen sentido del valor de asistir a misa, fallan en acercarse al Sacramento de la Penitencia y hasta han perdido el sentido del misterio.

Vivir desde la fe tratando de compartir el gozo de nuestra experiencia del Señor nos pone en contacto con muchos impedimentos y barreras. Durante su visita a nuestra arquidiócesis en abril de 2008, el Papa



Benedicto XVI hizo énfasis en tres retos que enfrenta el Evangelio ante la sociedad actual. En su homilía vespertina, reunido con los Obispos de los Estados Unidos en la Basílica Nacional de la Inmaculada Concepción, nos recordaba que estamos ante el reto del secularismo, el materialismo que nos rodea y el individualismo que es una parte tan importante de nuestra cultura.

“Si bien es verdad que este país está marcado por un auténtico espíritu religioso, la sutil influencia del laicismo puede indicar sin embargo el modo en que las personas permiten que la fe influya en sus propios comportamientos... Es necesario resistir a toda tendencia que considere la religión como un hecho privado. Sólo cuando la fe impregna cada aspecto de la vida, los cristianos se abren verdaderamente a la fuerza transformadora del Evangelio”.

“Para una sociedad rica, un nuevo obstáculo para un encuentro con el Dios vivo está en la sutil influencia del materialismo, que por desgracia puede centrar muy fácilmente la atención sobre 'el cien veces más' prometido por Dios en esta vida, a cambio de la vida eterna que promete para el futuro (cf. Mc 10,30). ... Las personas necesitan ser llamadas continuamente a cultivar una relación con Cristo, que ha venido para que tuviéramos vida en abundancia”. (cf. Jn 10,10)

“En una sociedad que da mucho valor a la libertad personal y a la autonomía es fácil perder de vista nuestra dependencia de los demás, como también la responsabilidad que tenemos en las relaciones con ellos. Esta acentuación del individualismo ha influenciado incluso a la Iglesia (cf. Spe salvi, 13-15), dando origen a una forma de piedad que a veces subraya nuestra relación privada con Dios en detrimento del llamado a ser miembros de una comunidad redimida. ... Si pareciera que esto va en contra de la cultura actual, sería sencillamente una prueba de la urgente necesidad de una renovada evangelización de la cultura.”

El Papa hace un diagnóstico de las luchas que nosotros enfrentamos. La transmisión plena de la fe a las generaciones recientes ha encontrado rocas, maleza y un terreno a la vez duro y árido. La ilusión que se esconde detrás de muchas tendencias contemporáneas ha perturbado la experiencia religiosa auténtica.

El consumismo sugiere que valemos según las cosas que vamos acumulando.¹⁸ El individualismo exige que no dependamos de nadie más que de nosotros mismos y que nuestras necesidades personales siempre tomen prioridad.¹⁹ El escepticismo nos presiona a confiar sólo en aquello que podemos observar y medir y amenaza con destruir una relación clásica y que ha pasado la prueba del tiempo—la relación entre fe y razón—y pretende rechazar el derecho básico a la libertad religiosa y a la libertad de conciencia.

El intento de redefinir la sexualidad humana como algo casual y enteramente recreacional ha llevado al debilitamiento y a un continuo asalto del matrimonio y la vida familiar. La autonomía nos convence de que la fidelidad a la fe sólo nos ata.²⁰ La absorción popular con la actividad constante nos conduce a creer que a menos que estemos siempre ocupados y ajetreados estamos tarde. En este ambiente llega a hacerse algo común el tratar a la persona humana como objeto de uso y enfocarse





casi exclusivamente en la ganancia material. La dramática baja en los estándares de entretenimiento ha expuesto a nuestros niños a exhibiciones repetidas de violencia intensa.

Estas tendencias se confabulan y gobiernan cada uno de nuestros pensamientos con un cruel relativismo y alimentan ideologías que dirigen a una cosmovisión de secularismo generalizado.²¹

En este contexto el Papa Juan Pablo II se refirió a la “crisis de la civilización”²² y propuso la pregunta de que si la indiferencia religiosa, la descristianización y el ateísmo no podrían encontrarse en su forma más extensa en el secularismo.²³

No importa cuán densa sea la oscuridad, nunca podrá frustrar el germen de vida nueva que está por brotar en este momento nuevo. Los misioneros de la primera evangelización recorrieron vastas distancias para llevar el Evangelio. Nosotros, los misioneros de la Nueva Evangelización, debemos superar distancias ideológicas igual de grandes, muchas veces antes de aventurarnos más allá de nuestro propio vecindario y de nuestra propia familia.

El Santo Padre no sólo ha diagnosticado el problema sino que también nos ha presentado una solución práctica y un reto. Este mismo año, el Papa Benedicto XVI pronunció una homilía en la Solemnidad de los Apóstoles san Pedro y san Pablo en la Basílica de San Pablo Extramuros en

Roma. En la fiesta de los grandes Apóstoles de Roma y en la Basílica dedicada al gran apóstol misionero, el Santo Padre convocó a la Iglesia entera al muy oportuno y siempre necesario llamado a la Nueva Evangelización.

Esa noche, nuestro Santo Padre anunció la creación de un Consejo Pontificio cuya principal meta fuese promover la Nueva Evangelización. La palabra en italiano que el Santo Padre escogió para describir el trabajo define para nosotros la naturaleza misma y la tarea de la nueva Evangelización. Esta palabra es *riproporre*: “reproponer.” Con estas palabras el Papa Benedicto nos convoca a “Reproponer la verdad perenne del Evangelio de Cristo.”²⁴

El Papa especifica más lo que es el trabajo de la Nueva Evangelización como el proponer de nuevo el mensaje de Jesucristo y su Evangelio “en los países donde ya resonó el primer anuncio de la fe y están presentes Iglesias de antigua fundación, pero que están viviendo una progresiva secularización de la sociedad y una especie de 'eclipse del sentido de Dios'...”²⁵

Existen muchas personas, particularmente en el mundo Occidental, que ya han oído hablar de Jesús. Nuestro llamado es a despertar y hacer arder de nuevo, en medio de sus vidas cotidianas y su situación concreta, una nueva consciencia y una nueva familiaridad con Jesús. Nosotros no sólo estamos llamados a anunciar sino también a adaptar nuestro enfoque para atraer e instar a una generación entera para que descubra una vez más el tesoro sencillo, genuino y tangible de la amistad con Jesús.

El primer movimiento de cualquier evangelización no se origina en un programa sino en una Persona, Jesucristo, el Hijo de Dios. La Iglesia sostiene que “Es el mismo Señor Jesucristo que, presente en su Iglesia, precede la obra de los evangelizadores, la acompaña y sigue, haciendo fructificar el trabajo: lo que acaeció al principio continúa durante todo el curso de la historia.”²⁶

Nosotros nos apoyamos primero y siempre en Jesús. Sólo Él constituye la piedra angular. Al acercarnos a quienes se han



vuelto fríos y distantes en cuanto a la fe, el toque de gracia es la sencillez de la enseñanza que motiva y habla al ser humano en lo más profundo. Nos dirigimos así a nuestras hermanas y hermanos que ya han recibido el Bautismo pero que no participan en la vida de la Iglesia.

La manera de comunicarnos debe ser tal que llegue a los corazones de modo que el Espíritu Santo pueda atraer otra vez a nuestras hermanas y hermanos a la amistad con Jesús; sólo Él “es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana.”²⁷ A nivel arquidiocesano estamos desarrollando nuestra capacidad de comunicación y llegada para poder sostener los esfuerzos de la Nueva Evangelización. Esto incluye el establecimiento reciente de la Oficina de Evangelización e Información para que trabaje conjuntamente con la Oficina de Comunicaciones y con Carroll Publishing. Cada una de estas entidades cuenta con un área específica de competencia pero las tres colaborarán para garantizar la más extensa difusión del mensaje por los medios que reflejen el estado actual de las comunicaciones sociales. El desarrollo de un portal cibernético más atractivo que esté diseñado para ayudar a los católicos a profundizar su relación con Cristo, y un nuevo sistema de correo electrónico que permita a los miembros de las parroquias el estar informados sobre los eventos desde una perspectiva católica, son sólo dos de los esfuerzos que están en camino a través de la Oficina de Evangelización e Información. La meta es usar nuevos medios de comunicación para invitar, atraer y enseñar.

Este esfuerzo incluirá el uso de “indicadores de vitalidad” a nivel parroquial, los cuales discutiremos después en esta carta.

A nivel individual esta acción tomará la forma de una profundización personal de nuestra propia fe y también de un esfuerzo por llegar a otros: una conversación directa sobre el catolicismo, invitar a otros a misa, dar testimonio rezando antes de la comida en un restaurante, ofreciéndonos a rezar por alguien que está en necesidad, teniendo algún artículo devocional en nuestro escritorio o usando un crucifijo para que otros lo vean.

Este es nuestro mandato: ser testigos para otros de modo que ellos despierten y redescubran la vital e infinita amistad de Jesucristo. Hermanas y hermanos, nuestro deseo y celo por esta tarea pueden ser, ambos, la invitación y el apoyo para aquellos que den sus primeros pasos de regreso a la comunidad de fe, tal como la vida cada vez más profunda de la semilla busca la luz.

La vida dentro de la semilla se transforma e incorpora aún aquello que pareciera impedirla. Al germinar la estructura interna de la semilla empieza a transformar cada obstáculo y lo utiliza para brotar hacia arriba. De este modo, la vitalidad de la semilla se desata, y se hace ver, y llega a ser una fuente de vida nueva para el mundo.

La vida dentro de la semilla se transforma e incorpora aún aquello que pareciera impedirla.



La parte que nos corresponde, en cuanto a la Nueva Evangelización, aquí, en casa

Nuestro esfuerzo
por llegar a ellos
require una dosis
de creatividad y de
imaginación fiel.



*“Confiemos en el poder del Espíritu
de inspirar conversión, curar cada herida, superar toda
división y suscitar vida y libertades nuevas”.*

— Papa Benedicto XVI, Misa Papal en Washington, DC, 2008—

En los Hechos de los Apóstoles, donde nosotros reconocemos el comienzo de la Iglesia y la reunión de las gentes de todas las naciones y de todas las tierras del mundo que llegarán a ser uno en el Espíritu Santo leemos:

*“Entre nosotros hay medos, partos y elamitas;
otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia,
en el Ponto y en Asia, en Frigia y en Panfília,
en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene.
Algunos somos visitantes, venidos de Roma,
judíos y prosélitos; también hay cretenses y árabes.
Y sin embargo, cada quien los oye hablar
de las maravillas de Dios en su propia lengua”.*
(Hch 2,9-11)

En mis palabras de bienvenida al Papa Benedicto, al comienzo de la misa en el Parque de los Nacionales donde se reunieron casi 50,000 personas en abril de

2008, hice una referencia a que lo mismo estaba pasando en esta gran arquidiócesis.

“Esta Iglesia que representa toda América—al reunirse en adoración y buscar reflejar su llamado a ser un pueblo salvado en la esperanza—muestra un rostro que refleja al África, a América central y del sur, a India, Asia, y Europa así como a nuestros nativos americanos y a aquellos que trazan sus familias a quienes llegaron en olas sucesivas de inmigración comenzando con la llegada de los primeros católicos a esta parte del mundo en el condado de *Saint Mary, Maryland*”.

En su homilía el Santo Padre siguió hablándonos de la necesidad de reconocer a la Iglesia como el instrumento del trabajo de Cristo en el mundo actual mediando la acción del Espíritu para todos nosotros. Él nos invitó “a considerar el crecimiento de la

Iglesia en América como un capítulo en la historia más grande de la expansión de la Iglesia después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. ... La Iglesia está llamada en todo tiempo y lugar a crecer en la unidad mediante una constante conversión a Cristo, cuya obra redentora es proclamada por los sucesores de los Apóstoles y celebrada en los sacramentos. Por lo tanto, esta unidad comporta una “expansión continua” porque el Espíritu incita a los creyentes a proclamar ‘las grandes obras de Dios’ y a invitar a todas las gentes a entrar en la comunidad de los salvados mediante la sangre de Cristo y que han recibido la vida nueva en su Espíritu.”

¿Cómo pasa todo esto? ¿Cómo es que Cristo sigue llegando a nosotros en, y a través de, su Iglesia y tocándonos con los sacramentos? Es precisamente al derramar el Espíritu sobre los Apóstoles y, a través de ellos sobre la Iglesia que continua haciéndose presente en nuestras vidas esta acción prodigiosa de Dios. El Santo Padre continuó recordándonos esto en aquella homilía.

“Mediante el poder invencible de la gracia de Cristo, confiado a frágiles ministros humanos, la Iglesia renace continuamente y se nos da a cada uno de nosotros la esperanza de un nuevo comienzo. Confiemos en el poder del Espíritu de inspirar conversión, curar cada herida, superar toda división y suscitar vida y libertades nuevas”.

El esfuerzo que llevamos a cabo en nuestra arquidiócesis para compartir la buena noticia e invitar a otros a experimentar el gozo de una nueva vida en Cristo no constituye, ciertamente, un nuevo programa entre otros muchos. Espero que todos nosotros veamos la Nueva Evangelización como lentes a través de los cuales miramos todo lo que ya estamos haciendo pero ahora a la luz de lo que hemos entendido sobre la importancia de que cada uno de nosotros cuente la historia, comparta el gozo y sea levadura allí donde la fe se haya secado y sal allí donde la fe haya perdido el sabor.

La Nueva Evangelización puede ser esa manera de mirar las cosas que nos impulse a descubrir recursos frescos, a abrir rutas originales y a reunir nuevas fuerzas para

promover la Buena Nueva del Señor. No podemos simplemente invitar y quedarnos nosotros distantes sino entrar en una búsqueda activa y cuidadosa de aquellas hermanas y hermanos que se han alejado de la práctica de su fe.

Nuestro esfuerzo por llegar a ellos requiere una dosis de creatividad y de imaginación fiel, pero esto no quiere decir que necesitemos crear de nuevo nuestra estructura. Debemos recobrar lo que es propiamente nuestro. La Iglesia, en su rica tradición, posee todos los recursos necesarios. Por ejemplo, la Nueva Evangelización se nutre del modelo del Rito de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA). Este rito antiguo, que está colmado de elementos originados en la Era Patrística, es muy efectivo en cuanto a evangelizar a aquellos que buscan conocer a Jesús y ser miembros de la Iglesia. Los elementos que constituyen este rito — comunidades más pequeñas, discusión y escucha continuas, enseñanzas que motivan y catequesis sistemática sobre los fundamentos de la fe, testimonio que va surgiendo poco a poco de lo muy básico y personal, pueden ser elementos que integremos en nuestro propio esfuerzo por llegar a los que se han apartado de la práctica de la fe, para así invitarlos a experimentar Palabra y Sacramento que seguirán siendo siempre los canales gemelos que hacen nutrir y crecer la semilla de la fe.

El campo es rico y las semillas muchas. Estamos rodeados de personas que se han apartado de la práctica de la fe. Los conocemos en nuestros lugares de trabajo, haciendo fila para pagar en los mercados, en la parada del autobús o en el Metro. También los encontramos en el carro cercano al nuestro cuando esperamos a que los niños salgan de su práctica de deportes o terminen el ensayo de la banda de música, y en nuestras actividades cotidianas.

Nuestras rutinas y tareas regulares pueden transformarse en una búsqueda urgente. El Espíritu Santo que nos insta a empezar sin rodeos esta conversación con nuestro prójimo nos proveerá oportunidades, persuadiéndonos para extender la invitación; para invitar al vecino a venir a misa, al estudio bíblico o a un pequeño



grupo que se reúna para compartir la fe; para pedirle que piense si quisiera conversar sobre aquello que le haya alejado. Las heridas se curan exponiéndose al aire y a la luz. El Espíritu Santo nos invita a hablar sobre nuestra fe católica, a tener esta conversación valiente y, a veces, incómoda. Él quiere, incluso, que lleguemos a invitar a otros dirigiéndonos a ellos por su nombre, con una sonrisa y una bienvenida amistosa.

En lo profundo de nuestros esfuerzos arquidiocesanos por una Nueva Evangelización existe una actitud, una manera de ver la vida, unos lentes a través de los cuales ver la realidad buscando lo que el Papa Benedicto nos dijo en su discurso del 28 de junio de 2010: “Encontrar medios adecuados para volver a proponer la perenne verdad del Evangelio de Cristo.”

Como se nos recuerda en la exhortación de Juan Pablo II, *Ecclesia in America*, “Para que la búsqueda de Cristo presente en su Iglesia no se reduzca a algo meramente abstracto, es necesario mostrar los lugares y momentos concretos en los que, dentro de la Iglesia, es posible encontrarlo.”²⁸

Un ejemplo de ese encuentro personal es nuestro esfuerzo pastoral arquidiocesano por invitar a las personas a acercarse de nuevo al Sacramento de la Penitencia. “La Luz Está Encendida Para Ti” es el nombre que le hemos dado a esta iniciativa pastoral que se lleva a cabo durante la Cuaresma: Empezando el miércoles de la primera semana hasta el Miércoles Santo hay sacerdotes disponibles en cada iglesia de la arquidiócesis, en un horario previamente anunciado, para oír confesiones. La luz encendida en las iglesias de la arquidiócesis es un símbolo de la bienvenida que se da a todos los que acuden a ellas y un faro de esperanza, reconciliación y absolución.²⁹

Indicadores de Vitalidad

Uno de los signos de la fortaleza espiritual de nuestra Iglesia local es la vitalidad de las 140 parroquias y sus misiones así como la de los múltiples programas, agencias e instituciones dispersas a través del Distrito de Columbia y los cinco condados de

Maryland que comprende nuestra arquidiócesis. Durante los últimos años he tenido el privilegio de hacer casi 400 visitas a cada una de las parroquias para celebrar las Misas Dominicales, la instalación de un párroco, el aniversario de la parroquia, iglesia o escuela y, durante la semana, para el sacramento de la Confirmación, visitas a los decanatos o para otra celebración parroquial. Así experimento de primera mano la pujanza de la fe en toda nuestra región.

En algunas de las parroquias se lleva a cabo una auto-evaluación que permite al párroco y al liderazgo parroquial, junto a los fieles, planificar para el futuro mientras que identifican y solucionan necesidades más inmediatas. Para asistir a las parroquias en este tipo de autoevaluación, el Secretariado de Ministerio Pastoral y Asuntos Sociales de la arquidiócesis ha desarrollado una herramienta conocida como los Indicadores de Vitalidad. Este instrumento permite un discernimiento enraizado en la parroquia y basado en normas objetivas, identificables y aplicables a las áreas de culto, educación, vida comunitaria, servicio y administración.

No debe de sorprendernos que el primer indicador de vitalidad, **el culto**, se relacione con la liturgia, los sacramentos, los esfuerzos por la renovación, las devociones, la oración y otras oportunidades similares que la parroquia provee. Inmediatamente nos damos cuenta de lo importante que es la liturgia. Nos reunimos, pues, no sólo para profesar nuestra fe y escuchar las Escrituras sino para alabar al Padre como el nuevo Cuerpo de Cristo que somos-miembros y Cabeza.

Un segundo indicador de vitalidad es la **educación**. Mediante este indicador contemplamos todos los esfuerzos que se hacen para asegurar que la formación continua en la fe y las enseñanzas de la Iglesia Católica estén disponibles para los fieles de cualquier edad. La educación católica en todas sus formas tiene como tarea principal la comunicación de la persona y del mensaje de Cristo a los adultos, los jóvenes y los niños. Esta tarea se despliega a través de un amplio espectro de esfuerzos, pero la



meta es siempre la misma. En nuestras escuelas tanto primarias como secundarias, en los programas de educación religiosa y de formación en la fe para adultos, en el Rito de Iniciación Cristiana de Adultos, en los programas de formación sacramental y en las múltiples formas que toma el ministerio juvenil y la evangelización, se entretejen las fibras del encuentro con Cristo y de su mensaje vivificante en el lienzo de nuestra experiencia humana.³⁰

La **vida comunitaria** es otra medida de la vitalidad parroquial y se relaciona con los esfuerzos que se realizan para fomentar el sentido comunitario mediante la inclusión activa de todos los miembros de la parroquia, el tratar de llegar hasta los católicos que se han alejado de la vida de la Iglesia y a aquellos en nuestra localidad que no pertenecen a ninguna iglesia y reconociendo la diversidad de talentos y necesidades de todos los que componen la comunidad parroquial.

En su encíclica *Deus caritas est*, nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, escribe: “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios, celebración de los Sacramentos y **servicio** de la caridad.”³¹ Así que podemos identificar como otro indicador de vitalidad el servicio. Esta dimensión de la vida parroquial incluye el servicio al pobre, al marginado, al anciano,



a familias que sufren y a otras personas necesitadas, tanto dentro de la comunidad parroquial como fuera. Esta dimensión de la vida parroquial también incluye la búsqueda activa de la paz, la justicia y el abogar por cuantos lo necesitan.

Finalmente, llegamos al asunto de la **administración** y aquellos aspectos de la vida de la Iglesia tales como el liderazgo, mayordomía, administración y el proceso de toma de decisiones, así como también la relación de la parroquia con la Iglesia en general.

Es mi esperanza que, según se vayan desarrollando los esfuerzos encaminados a la Nueva Evangelización, cada parroquia, comunidad de fe y programa, ya sea arquidiocesano o local, vayan usando estos Indicadores de Vitalidad no sólo como una cuerda de medir nuestra efectividad colectiva sino también nuestro propio crecimiento personal.

Uno de los signos de la fortaleza espiritual de nuestra Iglesia local es la vitalidad de las 140 parroquias... que comprende nuestra arquidiócesis.





Ministerio Personal

El ministerio pastoral de los sacerdotes y diáconos y el ministerio de la enseñanza que ejercen los catequistas cubren un área extensa. Muchos de los alejados vienen a las clases de preparación para el bautismo o el matrimonio, sacan citas para el bautismo de sus hijos, asisten a reuniones de preparación para el regreso de sus hijos a la escuela o asisten a retiros de confirmación con sus hijos. Puede ser también que asistan a misa en Navidad o en Pascua o por el aniversario del fallecimiento de un ser querido; los vemos en nuestras rondas pastorales cuando hacemos visitas a los hospitales.

Estas son ocasiones para invitar, no para regañar. Por el poder del Espíritu Santo

estos son momentos de renovación y contienen para nosotros el mandato de seguir invitando y recibiendo con alegría de una manera personal y cariñosa, el regreso de alguien a quien hemos extrañado por mucho tiempo para que ellos puedan así comprometerse de nuevo con el Señor.

De este modo nos convertimos en “un instrumento de su presencia y acción en el mundo.”³² En esto vivimos las palabras de *Lumen Gentium* “Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente.”³³



Nuestra participación: agentes de la Nueva Evangelización



*“Jesús les propuso otra parábola:
‘Aquí tienen una figura del Reino de los Cielos.
Un hombre sembró buena semilla en su campo’”.*

— (Mt 13,24)—

Como ya hemos señalado la Nueva Evangelización es más bien una visión de la vida y no un programa. Es cierto que este esfuerzo contiene aspectos de tipo programático para dar sabor a lo que se había deteriorado y nueva energía a lo que se había detenido, pero mucho de lo que supone este proceso es, esencialmente, aquel volvernos una y otra vez al Señor que está en el corazón mismo de la conversión cristiana.

Para toda acción nuestro punto de partida y nuestra meta es Jesucristo. Jesús llama a esta generación a seguirle en discipulado y verdadera amistad. Nuestra respuesta a su llamada nunca puede ser un reconocimiento meramente privado o parcial. Como explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “De este conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de ‘evangelizar’, y de llevar a otros al ‘sí’ de la fe en Jesucristo.”³⁴ El plan de Dios

siempre trasciende los proyectos humanos. Por esta razón la Nueva Evangelización no es un proyecto pasajero, un lema fugaz, o un tema efímero. No es un programa transitorio sino un misterio permanente.

Esta iniciativa pastoral dedicada a la Nueva Evangelización es el umbral de la renovación y la solidificación de nuestro propio compromiso, como Iglesia local, ante el mandato de Jesús. A la vez que aceptamos su promesa de vida en abundancia también descansamos en ella para encontrar fortaleza para cada situación en la que estamos llamados a actuar en direcciones nuevas y por las que nunca hemos transitado.

Nuestro compromiso personal no se basa sólo en nuestra resolución individual. La Primera Carta de San Pedro nos recuerda: “Ustedes han nacido de nuevo, no de semilla corruptible, sino de la palabra



incorrupible del Dios que vive y permanece.” (1 Pe 1,23).

En este tiempo tan propicio, al querer redescubrir las verdades abrumadoras expresadas en el Credo, el Espíritu Santo aviva nuestro compromiso. El Espíritu Santo nos fortalece cuando nosotros nos entregamos a la vida de gracia y virtud prometida en los Sacramentos. El Espíritu sostiene nuestra confianza cuando nosotros queremos abrir los lugares más recónditos de nuestro corazón para que sus dones nos fortalezcan en la vivencia de la fe. Esta es nuestra oración profunda y genuina.

Nuestra vida de oración, para cada uno de nosotros personalmente, se convierte en la fuente de agua viva de la cual bebemos al emprender nuestro camino con el Señor para sembrar las semillas de su mensaje evangélico.

La llamada al discipulado supone darle la bienvenida a Jesús en nuestra vida diaria. Esto lo podemos hacer mediante una oración al comienzo y al final de nuestro día, acercándonos a la Escritura, escuchando la palabra de Dios y reflexionando en cómo hacerla parte de nuestra vida. Podemos acercarnos a Jesús asistiendo fielmente a la misa y recibiendo al Señor en la Eucaristía, aceptando su amor y misericordia en el sacramento de la Penitencia.

Pero a la vez debemos experimentar una renovación comunitaria, una revitalización de toda la Iglesia diocesana según cada parroquia y cada comunidad de fe, cada programa y cada esfuerzo pastoral, busca escudriñar su misión y evaluar su vitalidad. Esto nos da también una oportunidad de renovar nuestra comprensión de nuestra participación en el Cuerpo de Cristo. Porque es la comunión del Espíritu Santo la que nos une unos a los otros y nos convierte en algo mucho mayor de lo que cada uno de nosotros individualmente es capaz de llegar a ser.

Hoy, en esta arquidiócesis, los discípulos caminan con Jesús por las calles de la ciudad, el campo y los suburbios trayendo el amor y la esperanza de Cristo a sus hogares, escuelas, a sus sitios de trabajo y al mundo.

El compromiso personal de cada uno en la arquidiócesis es transformado por la gracia y la ayuda de Dios, en una preocupación pastoral que nos anima a salir de nosotros mismos: “El que anuncia el Evangelio participa de la caridad de Cristo...”³⁵ Lo que empieza como un compromiso personal se transforma inmediatamente en uno comunitario para salvaguardar y propagar la Buena Nueva de la amistad con Jesús; este compromiso comunitario nos hace uno, de modo que nosotros, como fieles de esta Iglesia local podamos ser levadura para la sociedad.³⁶ El Papa Benedicto XVI hace énfasis en que “La presencia de Jesucristo y la efusión del Espíritu Santo son acontecimientos que pueden confrontarse siempre con cada realidad cultural, para fermentarla evangélicamente. Por consiguiente, esto comporta el compromiso de promover con convicción la evangelización de las culturas, con la conciencia de que el mismo Cristo es la verdad de todo hombre y de toda la historia humana.”³⁷

La levadura del Evangelio surge del sacrificio de Jesús en la Cruz. Fortalecidos por la Eucaristía, cada sacrificio que realizamos es parte directa de la Cruz de Jesús. El sacrificio es el camino hacia la renovación. El Santo Padre señala que es la Eucaristía la que trae novedad a la vida humana.³⁸ La Eucaristía fortalece nuestra unidad y une nuestro compromiso personal con el de nuestras hermanas y hermanos a lo largo y ancho de la Iglesia. De la Eucaristía obtenemos fortaleza y disposición para acercarnos a los católicos inactivos con perseverancia amistosa. Una vez que llegamos a conocer a Cristo tenemos la responsabilidad de fomentar, promover y contribuir a la “renovación de la cultura.”³⁹

La Nueva Evangelización debe desbordarse y llegar a la sociedad en que vivimos. Al dirigirse a los obispos de los Estados Unidos en 2008, el Papa Benedicto XVI nos recordó que vivimos en una tierra fuerte en la fe donde se practica y protege la libertad religiosa.

“América es también una tierra de gran fe. Sus gentes se distinguen por su fervor religioso y se enorgullecen de pertenecer a una comunidad de fe. Tienen confianza en



Dios y no dudan en llevar argumentos morales arraigados en la fe bíblica al discurso público. El respeto por la libertad de religión está profundamente arraigado en la conciencia estadounidense — un hecho que ha contribuido al atractivo que este país ha ejercido sobre generaciones de inmigrantes que buscan un hogar donde puedan expresar su fe libremente de acuerdo a sus creencias”.

Él nos dice que nuestro conocimiento de nuestra fe es importante para que verdaderamente podamos ser “levadura” en la sociedad. “Más importante aún es la apertura gradual de las mentes y los corazones de la comunidad más amplia a la verdad moral. Aquí mucho queda por hacer. En ese sentido es crucial el papel de los fieles laicos para actuar como “levadura” en la sociedad. Sin embargo, no se puede asumir que todos los ciudadanos católicos piensan en armonía con la enseñanza de la Iglesia en las cuestiones éticas clave de hoy. Una vez más, les corresponde a ustedes asegurarse de que la formación moral provista en cada nivel de la vida eclesial refleje la enseñanza auténtica del Evangelio de la Vida.”

La cultura es el campo de la Nueva Evangelización. La cultura nos dirige al ethos diario, las múltiples redes de entendimiento y significado que producen las comunicaciones diarias entre la persona, la comunidad y la sociedad. La cultura forma ese lazo vital que relaciona a la persona con la comunidad y a la comunidad con la sociedad. La cultura de hoy, este campo tan amplio, ha presentado con demasiada frecuencia una escena con superficies duras, terrenos secos y espinas dolorosas que retardan y restringen el significado pleno de la persona humana. La preocupación, la alineación y el vacío afectan negativamente nuestro crecimiento y fácilmente nos quitan nuestras energías naturales. Se ha enseñado a la generación presente a esperar y aún a reclamar resultados automáticos; que podemos obtener lo que queramos con sólo apretar un botón. Pero sabemos que la vida no es así.

El crecimiento de la semilla toma tiempo. La opción intencional y la acción delibera-

da de llegar diligente y consistentemente a los católicos inactivos, a nivel personal, plantará nuevas semillas en nuestra vida parroquial. El compromiso firme y de largo alcance de parroquias sólidas seguirá enriqueciendo a la arquidiócesis con sus dones y concentrará nuevas fuerzas en todos los niveles.

Juntos, nuestro compromiso personal, parroquial, y arquidiocesano extenderán la inmensa fecundidad pastoral del Evangelio. Juntos, como fieles ciudadanos, somos suficientemente fuertes para ajustar el clima cultural de nuestra sociedad para que la temperatura sea apropiada para el florecimiento de la nueva primavera de la cual el Papa Juan Pablo II nos habló.⁴⁰ La transformación de la cultura es el terreno rico y blando en el cual la semilla crece para servir al bien común de la humanidad y a la estabilidad de la sociedad civil.



El crecimiento
de la semilla
toma tiempo.



La Nueva
Evangelización está
enraizada en la
llamada de Jesús,
en continuidad
con nuestra herencia
y legado como
Iglesia local.



CONCLUSIÓN

El Sembrador nos confía sus semillas. Él ya conoce nuestras dificultades y tensiones, nuestros desasosiegos, nuestras faltas y nuestra naturaleza humana. Aun así Él nos llama y pone en nuestras manos la semilla, nos confía su cuidado. La semilla es el inicio de la fecundidad.

Plantar la semilla puede significar que aprendamos nuevos estilos de comunicación, que abramos nuestros corazones a una comunidad culturalmente más diversa; la semilla puede significar que estudiemos más a fondo los misterios de la fe, que nos acerquemos a otros con más confianza y que invitemos un vecino a misa, que quitemos de nuestro corazón algún rencor que hemos guardado por mucho tiempo o que nos enfoquemos en otra manera de influenciar a un hijo o hija, padre o madre, esposo o esposa que esté alejado de la práctica de la fe. Cualquier momento se convierte en una oportunidad para poner a otra persona en contacto con la primavera abundante que promete Dios; en esto somos protagonistas de la esperanza.

La Nueva Evangelización está enraizada en la llamada de Jesús, en continuidad con nuestra herencia y legado como Iglesia local. Los fieles e intrépidos discípulos del Señor que se embarcaron en el Arca y la Paloma para establecer la colonia de Maryland en 1634 traían consigo las semillas del Evangelio. Al celebrar la primera misa en la Isla de San Clemente, las semillas recién plantadas se nutrieron en el Nuevo Mundo. Esta primera evangelización dio buen fruto.

El verano pasado tuve la alegría y el privilegio de celebrar el Tercer Centenario de la parroquia San Luis Gonzaga en Leonardtown. Esta parroquia del sur de Maryland es parte de una previa siembra de fe en el condado de *St. Mary* en *Newport*. Antes aún había habido otros cultivos que se reflejan ahora en Santa Cecilia en la ciudad de *St. Mary*, cuyas raíces pueden trazarse hasta la primera parroquia establecida en Maryland en 1634 bajo el nombre de San Ignacio. A nosotros se nos pide hoy ser tan celosos como nuestros antepasados en la fe al plantar, regar y cultivar esas semillas para una nueva cosecha.



Que las oraciones de la Santísima Virgen María, por su inspiración y consejo, despejen nuestros corazones de ansiedad, distracciones y obstáculos para que podamos responder en humilde fidelidad hasta en el más mínimo detalle.

Que las semillas de la Nueva Evangelización, por el soplo del Espíritu Santo, se mezclen con los aires y ritmos de nuestro mundo. Que la semilla ya dispersa halle su sitio y un surco en nuestro esfuerzo perseverante por llegar a otros para que alimentados por la gracia de Dios, la semilla se desarrolle y su fruto madure. Entonces, poco a poco, paso a paso, fe, esperanza y amor irrumpirán a través de la superficie de nuestras vidas. Que podamos vislumbrar un movimiento nuevo cuando en nuestra vida interior la semilla despierte en nuestros corazones, y en nuestros actos, la prudencia, la justicia, la fortaleza la templanza. ¡El fruto del Reino se abre entre nosotros!

Así como Dios estaba con aquellos que, por primera vez, aceptaron el reto “Ustedes serán mis testigos” (Hch 1,8), así Dios está con nosotros cuando aceptamos el mandato de ser testigos hoy en todo cuanto hacemos y decimos. Renovamos nuestro compromiso en la expectativa segura de que la gracia de Dios trabajando a través de cada uno de nosotros traiga la renovación de la fe y el renacer de la vida en el Espíritu. De este modo, una vez más, al proclamar nuestra fe, celebrar los sacramentos y las obras de la caridad podremos dar testimonio de vida, la energía y el bienestar de la Iglesia en la Arquidiócesis de Washington.

Fielmente en Cristo,

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "Donald Wuerl", preceded by a small cross symbol.

Arzobispo de Washington

23 de agosto de 2010

Santa Rosa de Lima

“La primera flor de santidad en el Nuevo Mundo”.⁴¹

- ¹ Papa Benedicto XVI, Homilía, Primeras Vísperas de la solemnidad de san Pedro y san Pablo, en la Basílica de San Pablo Extramuros. Roma (28 de junio, 2010).
- ² Lc 10,2; Mt 9,37; Jn 4,35.
- ³ Mc 4,3-9; 14-20; 26-29; 30-32; Mt 13, 1-9; 18-23; 31-32; Lc 8,4-8; 11-15; 13,18-19; Jn 12,24, 1 Cor 15,36; San 5,7; see LG, 5.
- ⁴ Mc 13,10; Lc 24,47.
- ⁵ Mc 16,15; Mt 28,19-20.
- ⁶ LG, 17.
- ⁷ LG, 20.
- ⁸ LG, 17.
- ⁹ LG, 35.
- ¹⁰ Papa Pablo VI, Evangelii nuntiandi, 13.
- ¹¹ Papa Pablo VI, Evangelii nuntiandi, 2.
- ¹² Papa Juan Pablo II, Redemptoris missio, 2.
- ¹³ Papa Juan Pablo II, Discurso ante la Asamblea del CELAM, 9 de marzo, 1983; Redemptoris missio 3, 30; Tertio millennio adveniente, 21; Ecclesia in America, 6.
- ¹⁴ Papa Benedicto XVI, Caritas in veritate, 12.
- ¹⁵ Papa Benedicto XVI, Deus caritas est, 19.
- ¹⁶ La Liturgia de Pascua, Servicio de la Luz, Vigilia Pascual.
- ¹⁷ Papa Juan Pablo II, Redemptoris missio, 34. Ver también Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota Doctrinal Acerca de Algunos Aspectos de la Evangelización (3 de diciembre, 2007) 12.
- ¹⁸ Ver Papa Benedicto XVI, Caritas in veritate, 22,34, 51, 61 y 68; Papa Juan Pablo II, Evangelium vitae, 23, Ecclesia in America, 44, 63.
- ¹⁹ Ver Papa Benedicto XVI, Caritas in veritate, 42; Papa Juan Pablo II, Evangelium vitae, 23.
- ²⁰ Papa Benedicto XVI, Caritas in veritate, 70; Papa Juan Pablo II, Evangelium vitae, 19, 20, 64.
- ²¹ Ver Papa Benedicto XVI, Caritas in veritate, 56; Papa Juan Pablo II, Evangelium vitae, 11, 21; Ecclesia in America, 6, 16, 67.
- ²² Papa Juan Pablo II, Tertio millennio adveniente, 52; Evangelium vitae, 11. Ver Papa Benedicto XVI, Caritas in veritate, 32.
- ²³ Papa Juan Pablo II, Christifideles Laici 4, 34; ver también, Ecclesia in America, 6.
- ²⁴ Papa Benedicto XVI, Homilía, Primeras Vísperas, Solemnidad de los Santos Apóstoles san Pedro y san Pablo, San Pablo Extramuros, Roma (28 de junio, 2010).
- ²⁵ Papa Benedicto XVI, Homilía, Primeras Vísperas, Solemnidad de los Santos Apóstoles san Pedro y san Pablo, San Pablo Extramuros, Roma (28 de junio, 2010).
- ²⁶ Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota Doctrinal Acerca de Algunos Aspectos de la Evangelización (3 de diciembre, 2007) 1.
- ²⁷ Gaudium et spes, 10.
- ²⁸ Papa Juan Pablo II, Ecclesia in America, 12.
- ²⁹ cf. Mons. Donald W. Wuerl, La Misericordia de Dios y el Sacramento de la Penitencia , p. 17, (Carta Pastoral, 2007).
- ³⁰ cf. Mons. Donald W. Wuerl, Educación Católica: Mirando hacia el Futuro con Confianza, p. 5 (Carta Pastoral, 2008).
- ³¹ Papa Benedicto XVI, Deus caritas est, 25.
- ³² Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota Doctrinal Acerca de Algunos Aspectos de la Evangelización (3 de diciembre, 2007) 1.
- ³³ LG, 9.
- ³⁴ CIC, no. 429.
- ³⁵ Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota Doctrinal Acerca de Algunos Aspectos de la Evangelización (3 de diciembre, 2007) 11.
- ³⁶ Lumen Gentium 31; Papa Juan Pablo II, Christifideles laici, 15.
- ³⁷ Papa Benedicto XVI, Sacramentum caritatis, 78, ver también, 67.
- ³⁸ Papa Benedicto XVI, Sacramentum caritatis, 71-73.
- ³⁹ Papa Juan Pablo II, Ad Limina Discurso ante los Obispos de Baltimore, Washington, Atlanta y Miami (17 de marzo, 1998).
- ⁴⁰ Papa Juan Pablo II, Redemptoris missio, 86.
- ⁴¹ Papa Juan Pablo II, Ecclesia in America, 15.

Archdiocese of Washington
P.O. Box 29260
Washington, DC 20017-0260
301-853-4500
www.adw.org